

En real el mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid 40 rs. por trimestre para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMENARIO POPULAR ECONOMICO.

VERNES.

Episodio de la guerra de Argel.

Era llegado el día final de El-u-Fiah, el día en que toda una tribu debía pagar con su total extincion, las violencias cometidas á desyocho y con el mas inaudito desprecio del derecho de gentes.— Los árabes de esta tribu, habían sacrificado á algunos de otra aliada de los franceses, y en virtud del derecho sagrado del vencedor, enviaron estos dos escuadrones de cazadores con orden de castigar aquellos desafueros á sangre y fuego, lo que verificaron regresando á Argel con un considerable botin.

Este fué consiguientemente el día de su estermio. Los dos escuadrones volvían á Argel con lento paso, dejando tras sí un campo cubierto de cadáveres, y de cadáveres árabes, porque solo dejaban uno de los suyos y un caballo, que no era pérdida sensible para el éxito feliz que había coronado su empresa. Volvían, pues, de su gloriosa expedicion, atravesando por estensas llanuras tan apropiadas de cultivar, como aparentes de prodigar inestimables tesoros. Los pies de los caballos abían las plantas aromáticas, de que estaba el suelo alfombrado, embalsamando la atmósfera que envolvía á los guerreros, como si una prevision providencial, hubiera sembrado con perfumes el camino de los vencedores. El mas profundo silencio reinaba en las filas, sin que lo interrumpiera nada mas que de cuando en cuando, el lejano ahullido del chalcal, imitando el llanto de un niño, y el zumbido de los insectos, únicos habitantes de aquellas soledades.

De pronto un oficial detiene el paso de su caballo, porque le parece haber escuchado un quejido; pero inmediatamente pica con el acicate á su corcel, y lo cree una ilusion de sus sentidos. Sin embargo, prevenido ya su ánimo no puede estorbar que su oído esté atento y que escuche un ¡ay! que no le permite ya dudar. Un lamento desgarrador ha herido sus oídos, y aunque la mas profunda oscuridad comienza á envolver la llanura, lanza su caballo hacia el sitio de que partía la queja; aun

no habría hecho quince pasos de camino, cuando el noble animal se detiene, endereza sus orejas, tiende la cabeza adelante dando resoplidos y queda como clavada en el suelo, sin que voluntad humana le pueda hacer que avance un paso mas.—Pues yo he de ver lo que es, dijo el capitán echando pie á tierra.

El caballo sabia lo que se hacia en no querer adelantar mas camino, porque á sus pies estaba un hombre tendido cuan largo era, mordiéndose las yervas de su rededor; una convulsion horrible agitaba todos sus miembros y un charco de sangre era su lecho.

—Este hombre, vive aun. Dos números aqui, gritó á un cabo que los despachó á galope.

—Ahí teneis á un hombre que se muere, pero quizá aun podemos salvarle, y dirigiéndose á uno de los cazadores, echad pie á tierra y colocad al herido en vuestro caballo.

El soldado era alemán, y obedeció de muy mala gana, porque no le parecia conveniente ceder su caballo, y haciendo un gesto que espresaba su disgusto sobradamente, exclamó:—Pero es un beduino, mi capitán.

El oficial le lanzó una mirada que le hizo bajar los ojos y comprender lo que había de atroz en su exclamacion: en seguida el soldado con el auxilio de su camarada, levantaron al moribundo que estaba completamente desnudo, y con cinco lanzazos, de los que uno particularmente en el costado, le había abierto una herida que cogian las dos manos. Estaba casi desangrado, y sin embargo vivía, esto hizo concebir á l'oficial esperanza de salvarlo. Cuando hubo recobrado una posicion perpendicular, abrió sus ojos el herido, y miró en su derredor con la espresion de una persona que busca alguna cosa. El capitán, pensando por su mirada si acaso no estaria solo, rodeó una espesura que formaban unas yervas mas crecidas que el resto de la vegetacion inmediata, y solo encontró despues de un rato de exploracion, el cadáver de un caballo. Este descubrimiento le aclaró algun tanto lo que hasta entonces no había podido explicarse; este hombre herido y hallado á tan gran distancia de toda habitacion humana, le hizo conjeturar con razon, que debía pertenecer á la tribu El-u-Fiah, y que sin duda para libertarse de una muerte segura, habría

huido montando en el primer caballo que encontrase, y que herido también le habría conducido hasta este desierto donde ambos habían caído. Preocupado iba el capitán con estas reflexiones, cuando una exclamación de sorpresa de los dos cazadores, le hizo de nuevo fijar su atención y su mirada en el herido.

—Mi capitán, dijo el cazador que había caído su caballo, no es beduino, no es beduino! es un alemán!

El oficial que participó de la admiración de sus soldados, quiso enterarse de este descubrimiento pidiéndoles explicación; pero estos no supieron contestarle otra cosa más que ¡Es un alemán, un alemán! Mientras tanto conducido á caballo, iban acercándose á Argel, y apenas llegó recobró sus sentidos, pero no el uso de la palabra. Inmediatamente lo trasladaron al hospital, donde siendo el objeto de las más grandes atenciones y cuidados, tardó poco tiempo en hallarse fuera de peligro.

Entre tanto el oficial no había dejado de visitar al prisionero tanto cuanto le permitían las obligaciones del servicio, y desde que estuvo en estado de contestar, no había dejado de soltar algunas preguntas exploratorias. El capitán había estado en otro tiempo al servicio de Alemania, y conocía el idioma lo bastante para hacerse entender con precisión y claridad; pero mientras hablaba en aquella lengua, le miraba el herido sin contestarle, con tan aterrada expresión, que no parecía sino que un pasado de desventura y aflicción le reproducía como un anatema de Dios, el acento de su voz. Una vez ya le dijo el prisionero echándole una mirada en que se retrataba toda la agitación de su alma: —Teneis curiosidad de descubrir mi secreto, y para qué? dejadme morir en paz. No son bastantes los dolores de estas heridas, añadid señalando los vendajes que las cubrían, sino que pretendéis renovar las de mi alma? Dejadme morir en paz; y así solo á Dios daré cuenta de mi vida.

Estas palabras dichas con el acento del más profundo dolor, despertaron más vivamente la curiosidad del capitán, que le contestó en seguida. —No moriréis, no; yo respondo de vuestra vida; las heridas van á mejor y hay esperanzas de que estén muy en breve cicatrizadas, y si como decís, está quebrantada vuestra alma, creed que os servirá de alivio depositar en mi seno el secreto que guarda el vuestro.

El herido parecía vacilar; pero al cabo de un rato de silencio que empleó en organizar sus recuerdos, y con el acento de un hombre que cede pensosamente á una influencia de que en vano quisiera sustraerse, se incorporó en su lecho y dijo: —Escuchame, pues. Yo nací en 1788 en una villa pequeña de las fronteras de Austria, de padres que habían ocupado empleos de elevada categoría en la administración imperial. No os descubro el nombre de mi familia, porque quizás lo conocéis demastado.

Desde los primeros años de mi juventud, cuando apenas había concluido los estudios universitarios,

comencé á traer una vida desarreglada y licenciosa. Mi padre murió en este tiempo, y la fortuna que me había legado la disipé en algunos meses; contraje inmensas deudas, que satisfizo mi madre á costa de verse reducida á la miseria, y sin embargo, ni su triste situación, ni las lecciones y desengaños que diariamente recibía del mundo, fueron suficientes para corregirme. Yo continué en el mismo género de vida, y mi madre sucumbió de pesar y de disgusto.

Tenia yo entonces veinte y dos años y la pérdida que acababa de experimentar pareció influir de tal manera en mi carácter é inclinaciones, que un antiguo amigo de mi familia, que era consejero aulico, creyendo sincero mi arrepentimiento, me hizo acompañarle á Viena, mejor como un hijo, que como secretario suyo que fué el carácter con que á su inmediación me designaba. Participaba de su mesa, era su sociedad la mía también, y fué tan lejos en el exceso de su paternal cuidado, que llegó á ocuparse de un enlace ventajoso para mí. Pero el cielo ó el infierno, disponían las cosas de otra suerte.

Tenia mi palabra ya comprometida y estaba á punto de fijarse el día de los desposorios, cuando me encontré en la ópera á uno de los amigos de mi edad primera, compañero en mis locuras, y liberalidades. No era aun mi reforma bastante sincera para resistir la seducción, y no tuvo que emplear muchos esfuerzos para arrastrarme con él de nuevo en el mundo infame de que me había apartado hacia algún tiempo. Tenía mi amigo dinero y triunfabamos juntos que era un primor; no volví á cuidarme de mi proyectado matrimonio, y escuché con la más completa indiferencia en su gabinete, á que me llamó reservadamente mi protector, que habían terminado nuestras relaciones y que para nada contase con él.

Mientras que mi Meñistofeles tuvo dinero, iban las cosas lo mejor del mundo; pero como el mantual no era inagotable, llegó el caso de acabarse, y entonces fué cuando yo me afronté con lo horrible de mi posición y cuando me dije el finísimo encuentro que había tenido. Pero ya era demasiado tarde. Quise á lo menos vengarme del que así había producido mi perdición, y valiéndome de un pretexto insignificante, le desafié; pero echándose á reír me contestó que no se batía. El por nada de este mundo; que valía más que tratásemos de investigar el medio de reparar los reverses de fortuna que habíamos sufrido, y me propuso entonces una alianza más estrecha que nunca; en una palabra, me confió que conocía la manera de recobrar nuestra fortuna al juego, pero que le hacía falta un asociado y que me daba la preferencia. Semejante proposición aumentó mi indignación á tal punto, que le sacudí un hofeton; contentándose de su parte con responderme, que si el agravio hubiera sido en público, no dejaría de pedirme satisfacción; pero una ofensa de mí á él, y á solas, no podía impre-

sionarle mas de lo que duraba la huella de mi mano en su megilla. Tanta bajeza y abyección, me inspiró el mas profundo disgusto, y le volví la espalda, porque á lo menos, era mio aun el derecho de despreciarlo.

Mas no tan facilmente se desprendió un ser de las garras del destino. Mi protector me habia cerrado las puertas de su casa y hallándome yo, para quien el lujo era una necesidad, sin pan y sin asilo, no tuve vergüenza ni vacilé en buscar de nuevo al mismo hombre que pocos dias antes me habia inspirado desprecio. Le hallé en efecto, y le hallé en una casa suntuosa. Al divisarme se sonrió con una espresion que me resintió extraordinariamente. — Ya ves que todos no son tan escrupulosos como tú; yo encontré mis asociados, y he aquí sus brillantes consecuencias; me dijo tirando del cajon de una cómoda que tenia lleno de oro; y tomando un puñado de monedas añadió: — Si necesitas dinero, toma lo que quieras, porque no te guardo rencor ni aborrecimiento alguno. El brillo del oro me deslumbró y murmuré algunas palabras que ni yo mismo comprendia; pero que construyé como súplica para participar de su vergüenza y su dinero, por que desde entonces conseguí hacerme un ante tan despreciable como él.

Algun tiempo navegamos con nuestro sistema viento en popa; pero no era posible que tanta infamia prosperase sin descubrirse jamás. Cierta día, acababamos de ganar un golpe considerable, en una de las mas escogidas reuniones de Viena. Entonces uno de los jugadores, el que habia perdido mas, se me acercó, y encarándose conmigo, dijo en alta voz: — Caballero, soy yo persona demasiado conocida para que se pueda dudar de mi buena fé en el juego; y si bien es verdad que me es igual perder que ganar, no puede serme el ser robado; mas como no sé ciertamente hasta que punto me habrán perjudicado vuestras fullerias, no exijo me restituyais un solo ducado; solo quiero por mi oro... al acabar este apóstrofo me sacudió un bofetón. Yo gritaba pidiéndole una satisfacción que me negó redondamente: porque era un personaje de la mas elevada alcurnia y porque mil veces á un tiempo imprecaban contra mí y mi cómplice, teniendo ambos que salir avergonzados y apesadumbrados de la reunion, y yo devorado de rabia. Despues de tal lance, no era facil que me admitiesen en ninguna casa de Viena, y así resolví vender todo lo que posela y marchar á Amsterdam, donde habiendo á la sazón un barco que hacia rumbo hácia Nápoles, ajusté mi pasage y me embarqué para esta ciudad.

Cuidéme mucho de ocultar la huella de mis pasos al infame que habia causado mi ruina y mi afrenta; pero sin duda era el inferno el que me inspiraba, la idea de venir á Nápoles; porque allí me le encontré, y en vez de perder tiempo en reconquistar mi amistad; me escogí por blanco de sus ataques, é introduciéndose una noche en mi cuarto, me despojó de cuanto tenia sin dejarme otra cosa

que la vida. Suporté yo este nuevo revés con mas filosofía que era de esperar; poco tiempo despues prendieron al ladrón, pero nada se le halló de lo que me habia robado; lo sentenciaron á galeras; pero su castigo no me restituía á mi los medios de vivir; así pues, tomé una resolución enérgica, me alisté voluntario bajo el nombre de Werner, en uno de los regimientos alemanes al servicio de Nápoles.

Esto pasaba en el año 1817, cuando iba yo á cumplir treinta años, y con mi celo en el servicio, porque el estado militar me agradaba, conseguí que me hicieran sargento. Yo no sé como el coronel pudo llegar á saber que pertenecía yo á una familia distinguida, y que ignorase los trámites que habia seguido mi vida hasta emprender el oficio de soldado; pero esto es que me guardaba bastante consideración, y que un día llamándome aparte me colmó de alegría, diciéndome que mi conducta y mi educación merecian algun esfuerzo para salir de la clase de sargentos, y me prometió que la primera vacante de oficial que hubiese en el cuerpo seria para mí.

Acogí yo esta promesa con mas agradecimiento y alegría que puede concebirse; porque la edad me habia hecho reflexionar seriamente, y porque parecia que comenzaba para mí una vida nueva; aun no estaba convencido de que para mí no habria en la vida próspero suceso. Mi buen coronel murió de allí á poco tiempo de un arrebato de sangre, y á su sucesor lo calificaban de severo y altivo. No sé porque me anunciaba un secreto presentimiento que su presencia helaría mi porvenir; mas mis presunciones retrocaron en tristes realidades al divisarle. Revistó el regimiento el día mismo de su llegada, y al pasar por delante de mí, se quedó mirándome fijamente como si quisiera reconocermé ó acordarse del lugar en que me habia visto. Yo temblaba porque le conocí al punto; era hermano del que me sacudió el bofetón en Viena y estaba con él en aquel malhadado sarto. Despues de considerarme atentamente, me dijo:

—Cómo os llamais?

—Werner!

—No teneis otro nombre?

—Frantz Werner, mi coronel!

—Habeis estado en Viena?

—Poco tiempo, mi coronel!

Frunció las cejas, y tres dias despues de la revista me llamó á su pabellón.

—Vos no os llamais Werner, me dijo.

Permanecí inmóvil y sin responder; en seguida añadió: sois el baron de... y habeis abandonado á Viena por un lance poco decoroso que tuvisteis con un hermano mio; me parece que estoy bien instruido.

Me atrepaban sus palabras y mellenaban de desesperación; estuve ya para precipitarme sobre él, pero me contenté con decirle estas palabras, al mismo tiempo que mis labios sonreian de rabia:

—Y bien! señor coronel, estoy á vuestra disposi-

¡eion; echadme del cuerpo al frente de banderas, si queréis; vos podéis hacerlo, porque yo soy el subdito y vos el coronel; pero, añadí con acento que apagaba la cólera, mejor haréis en mandarme fusilar, porque quien sabe lo que sucederá mañana?

Dubí proferir estas palabras con cierto acento que debía tener algo de siniestro y profético, por que el conde se llegó á mí con dulzura y me dijo: —Amigo, os engañáis respecto á mis intenciones; porque no pretendo echaros del cuerpo ni meos mandaros fusilar, solamente quiero prevenirnos que os conozco, á fin de que no os admiréis que no se os cumpla la promesa que os hizo mi antecesor; procurad conducirnos en el servicio de la misma manera que sé lo habeis hecho desde que lo abrazasteis, y por mi parte olvidaré yo lo pasado para no acordarme mas que del porvenir. Como bueno y celoso sargento recompensaré vuestros servicios; pero debo tambien deciros, que mientras yo mande el regimiento, no contéis con ser vos oficial.

Conociendo que no tenía nada que contestarle, salí devorando secretamente la rabia en el corazón. Durante ocho dias estube como loco, y recorría las cercanías de Nápoles, sin saber la mayor parte de las veces por donde iba.

Quince dias despues de la llegada del coronel ocurrió la salida á un cuerpo de la guardia, de un oficial de mi regimiento. Esta vacante, segun la promesa del anterior jefe, me la hubieran concedido á mí; pero vino á ocuparla un condesito de.... recién llegado de Viena, un niño de diez y siete años, el que no sé por qué me inspiró un odio que no era dueño de dominar. Me parecía que me había verdaderamente robado una plaza que me correspondía, y formé el esdravagante proyecto de buscar con él motivo de pendencia. Mi posición contribuía á que mi intento fuese más absurdo; pero debo confesar que regado por las pasiones y exasperado por mi mala estrella, acogí esta idea con afán y no traté mas que de buscar una ocasion favorable, para ponerla en ejecucion.

Como era de esperar, no tardó mucho en presentarse. Un dia que estaba en la ópera, divisé al objeto de mi aborrecimiento sentado en una luneta de orquesta. Los reglamentos de policía militar prohiben de sargento abajo que tomen asiento en ciertos sitios que frecuentan los oficiales, y yo sin cuidarme de esto, vine en no entresaco en que habia saltado, á sentarme precisamente en el lugar que acababa de dejar. Cuando volví me dijo muy cortesmente que ocupaba su luneta, sin duda por equivocacion, y me suplicó que me levantase. Yo no le contesté nada. Entonces añadió, siempre con la misma urbanidad, que no reclamaba su derecha, teniendo en cuenta los reglamentos que me prohibían la entrada en la orquesta, sino porque todos los asientos estaban ocupados, y siendo aquel el suyo, no era justo que lo disfrutase un intruso. Entonces le miré descaradamente, y dije en voz alta: tambien en el regimiento había una plaza vacante que me pertenecía á mí, y en la que vos os habeis

intrusado; ahora me he apoderado de la vuestra, con que plaza por plaza estamos desquitados. El oficial creyendo que para broma era demasiado, me mandó salir. Esto era precisamente lo que iba yo buscando; porque le dije altaneramente que fuera á la escuela, y le aconsejé que mandara entrar la guardia, porque él era demasiado chiquillo para habérselas conmigo. Palido de cólera y despues de echarme una mirada terrible, salió sin proferir una palabra, y yo me quedé algun tanto disgustado del mal aspecto con que se presentaba este lance, y me esperaba ser detenido á mi salida y reducido á prision lo menos por un mes. Pero juzgado cuanto seria mi sorpresa, cuando acabada la representación se acercó el oficial á decirme: —Me habeis ultrajado profundamente, Werner, creyéndome incapaz de exijiros satisfaccion de vuestra insolencia, y yo no podría soportar la vida con la certidumbre de que puedan las gentes haber formado semejante idea de mí. Nos batiremos sin testigos, porque mi carácter de oficial lo exige así; pero como lo que ha pasado esta noche se hará publico, y si yo muriera podria esto acarrearos funestas consecuencias, yo proveeré á vuestra seguridad, y para que nada se sospeche lo diferiremos hasta dentro de cuatro dias, que pasareis arrestado en el cuartel, de esta manera se salvan las apariencias y me dá á mí el tiempo necesario para ocuparme de vuestra salvacion si la fortuna me fuere contraria.

En seguida se despidió de mí dándome la mano; al dia siguiente me presenté arrestado, y al quinto vi llegar al jóven conde.

Todo está dispuesto, me dijo; este caballero nos servirá de testigo si gustáis; es el señor W. cirujano mayor del beth inglés el... que os conducirá á Marsella si tenéis la desgracia de matarme y añadió á mi oido: y como sé muy bien lo difícil que es agenciarse dinero lejos de su país, aquí tenéis una cartera con lo suficiente para vivir hasta que podáis regresar á vuestra patria. Semejante proceder me interesó extraordinariamente, y tanto, que le apliqué perdonase mi conducta; pero el jóven estuvo inexorable, y se empeñó en que nos habiésemos de batir. Ya podéis adivinar lo que me falta decir. La fatalidad que preside todas las acciones de mi vida, dirigió la bala de mi pistola. La suerte me designó para elegir la cargada, nos apuntamos al pecho, dos pasos era la distancia y mi contrario cayó al suelo con el corazón traspasado. El cirujano reconoció su herida y dijo que no era posible salvarlo; yo no quería salir; pero entré él y su criado me arrastraron hacia el brick.

Aquel mismo dia se hizo á la vela con viento favorable; pero cuando estábamos en alta mar, arrojó tanto, que rompió los palos, y nos arrojó sobre las costas del Africa, y á pesar de nuestros esfuerzos por arriivar á Argel ó á Tunez, no pudimos salir de las costas de Bona. Casi toda la tripulación había perecido y sobre los que quedábamos se arrojó una partida de beduinos, que nos trajeron poco mas ó menos como hoy lo han hecho los

franceses con los de la tribu de El-u-Flah; yo estaba gravemente herido, y no sé á que casualidad debo que me conservaran la vida y curáran mis heridas. Cuando estuve restablecido, me hicieron trabajar; pero conociendo que un trabajo demasado asiduo podia acortar mi existencia, me dediqué á ganarme el aprecio y estimacion de mi amo, tanto, que llegué á ser su amigo, mas bien que su esclavo, y acabé por participar de su vida errante y aventurera. En una contienda que empeñaron con una tribu de la montaña les servi poderosamente para ganar la victoria, por los conocimientos que tenia yo de la táctica europea, tan ventajosa contra hombres que pelean como tropas de bestias feroces. Esto me valió las mayores distinciones, que me prodigaron los gefes de mi tribu, y desde entonces me aclimaté, adoptando sus costumbres y sus vestidos. Mas tarde perdió la tribu su gefe, y unánimemente me eligieron á mi. Hace diez años que vivo entre ellos, y Dios es testigo de que este tiempo ha sido el mas feliz de mi vida.

Werner cesó á hablar y dejó caer la cabeza entre sus manos llorando amargamente. El capitán se quedó considerando con cierta especie de interés y de terror á este hombre singular, á quien la fatalidad del crimen había trasladado del consejo áulico al piedel monte Atlas. Por último, rompió su silencio buscando palabras que pudieran derramar algun bálsamo de consuelo en el alma del beduino á quien decía:

—Vuestra vida ha sido fecunda en acontecimientos extraños y fatales; pero creed que despues de tantas vicisitudes, el destino que os persigue ha venido á desmentirse, porque me parece que hay algo de providencial en la casualidad que os ha restituido á los cristianos y á la civilizacion.

—No, la civilizacion me rechaza con razon, interrumpió aquel gefe de la tribu: Werner ha muerto para ella, ya no existe mas que Mohammed para el desierto.

Continuó el capitán hablándole del deseo que abrigaba de verle entrar de nuevo en el mundo, y le prometió hacer todo lo que dependiera de él para que fuera acogido de manera que no le quedara nada que desear; pero todo fué en vano, y no consiguió nunca otra respuesta mas que la de: Werner no existe para el mundo. ¿Que haria en vuestra Europa Mohammed?

Al dia siguiente volvió á visitarle; pero supo con el mayor sentimiento, aunque sin admirarse, que habia desaparecido el beduino aquella noche, y que en vano se le habia buscado en el hospital y en la ciudad.

El 2 de octubre de 1832, en la batalla de Bonfárik, cargaba un capitán con algunos cazadores á una partida de beduinos cuyo gefe se defendia valerosamente. El capitán le disparó un pistoletazo que lo derribó del caballo, y tentado de la riqueza de sus armas, echó pie á tierra para apoderarse de su yatagan. El gefe hizo un movimiento convulsivo que descubrió su rostro.

—Werner! exclamó el capitán.

—No, contestó al moribundo, Mohammed!

LA CIUDAD DE SEGOVIA.

Segovia, orgullosa por su antiguo origen y por su nombre derivado de la primitiva lengua del pais, ha visto pasar y detenerse dentro de sus muros, á los romanos cuyos nombres aun se conservan en muchos puntos de la ciudad, así como se conservan sus laureles en la historia; á los godos y á las tribus del norte, que cambiaron los destinos del imperio y de la Europa, á los moros invasores, al Cid y á Fernán Gonzalez cargados con los despojos de los sarracenos, á los Alfonso, los Fernandos y los Carlos, que la restauraron y enriquecieron.

Capital de los arévacos, una de las grandes divisiones de la España romana, fué en lo antiguo célebre poblacion; monarquía durante la dominacion mahometana; residencia de los condes de Castilla; reunida al fin á la dominacion real, y desde entonces fué la morada predilecta de muchos de nuestros soberanos. Entonces fué el teatro de las fiestas de la corte, de las intrigas que en ella se tramaban, y de aquellas asambleas imponentes, que con la denominacion de Cortes, discutieron los intereses de la patria. Su posicion sobre un estenso penasco, rodeado de valles por todas partes, no ha sido alterada por los conquistadores sucesivos, que todos han fijado en ella su residencia, llevados de la amenidad y frescura del clima. A ella contribuyen las elevadas sierras de Peñalara, Siete picos y la Fuenfria, con las denas que componen la gran cadena de montañas Carpentanas, que terminan el horizonte por el poniente y mediodia de la ciudad. Por la parte del norte, no es menos pintoresca la vista que ofrecen el rio, las alamedas y edificios que le circundan. Todo cuanto el viajero observa en Segovia tiene un cierto sabor de antigüedad, y vestigios de su antigua grandexa, porque hubo una época en que esta ciudad fué celebre en estension, riqueza y poblacion. En su término estaban naturalizadas las preciosas lanas de lana europea, con cuyo maravilloso producto los segovianos fabricaron espléndidas manufacturas, destinadas para adorno de los palacios de los potentados y de las pompas religiosas. Mas estos dias de prosperidad no fueron duraderos, la poblacion disminuyó rápidamente y hoy dia los lavaderos á la margen del rio y dos ó tres telares en la fabrica de paños, son los que conservan la tradicion de su antigua industria. Los habitantes de esta comarca prefieren generalmente una vida dulce y tranquila á una nombradía que cuesta siempre muy cara, y que las mas veces no conduce á la felicidad; por lo demas, los segovianos nacen con felices disposiciones y en sus estrechos limites pueden citar con

orgullo nombres tan famosos como los de las otras provincias, y se pueden honrar con algunas celebridades contemporáneas.

En la actualidad Segovia es una ciudad en la que hay reunidos monumentos y arquitecturas de todas las épocas; casas blancas y de nueva construcción, al lado de las oscuras y rozadas de la antigüedad, y un número prodigioso de conventos, cuyas cúpulas, flechas y torres, salen de su seno

como una selva de mástiles del seno de las aguas. *Santa Cruz*, iglesia gótica de padres dominicos, y la Cueva de *santo Domingo*, sitios frecuentados por el santo. El convento del *Parral*, de la orden de *san Geronimo*, fundación y sepultura de los marqueses de Villena. La *Vera Cruz* de antiquísima arquitectura árabe, donde se estinguió el valor abatido de los templarios. *San Miguel*, *san Francisco* y otros templos antiquísimos.



Monasterio del Parral.

Entre los edificios notables, se cuentan muchos de títulos de Castilla y otros señores, con labreados umbrales y ventanas caladas á la morisca, la casa arzobispal, la casa grande, la real maestranza de artillería sita en el arrabal, en la que además de los talleres y fraguas en que se construye todo el equipage del tren de artillería, carros y cureñas, hay un gran parque de armas, como cañones, morteros, fusiles, lanzas, sables, tambores, fornituras y otros útiles de guerra. Al frente del edificio está situada la batería de ensayos—También es digna de notarse la real casa de Moneda, edificio sólido y ventajosamente colocado á la margen del río, cuyas aguas sirven para mover los tornos y otras máquinas de la fábrica. En ella se elabora y transforma el metal, desde que viene de la mina tosca y opaca, hasta que labrado y lustroso va á la tesorería. Hay depositada una buena colección de monedas, modelos, troqueles y punzones de acero templado.

Lo que es preciso visitar en Segovia, es la catedral, y admirar sus maravillas cristianas tan fa-

vorables á las inspiraciones de la poesía. Su alta torre dados cuerpos, es de un efecto imponente, y desde su elevado andito cercado de balaestrada, se registra un inmenso territorio. Su pórtico moderno engastado en la antigua arquitectura, su interior embellecido con grupos de altas columnillas que se pierden en las bóvedas, sus galerías opacas, sus vidrieras de colores brillantes, y mil preciosos detalles de arquitectura, encantan los ojos y excitan santos y sublimes pensamientos. En una de las capillas de la izquierda, está representado en figuras del tamaño natural, el descendimiento de la cruz, la mejor obra del célebre escultor Juan de Juni. En otra capilla está el sepulcro del célebre Don Diego Covarrubias y Leiva, y en otro el de aquel Infante de Castilla, que aunque murió desgraciado fué tal vez feliz por no haber caído la corona. Después de haber dado una ojeada á la sillería del coro, á los ornamentos de la sacristía y guarda-joyas, al archivo y sala capitular, es preciso ir á buscar en el paseo de la Alameda, su aire fresco, su sombra y vista deliciosa.

La Alameda consta de cuatro calles de árboles que con una sencilla fuente forman un lindo paseo al norte de la ciudad. Allí se disfruta una agradable perspectiva, la vista descansa con placer en aquella pradera cortada por el río Eresma, cuyas riberas están siempre ocupadas por lavanderas y pescadores. Las casas agrupadas y dispuestas en anfiteatro, las vetustas y desmoronadas murallas, los arrabales y los árboles de diversas especies de los huertos, todo contribuye á dar á la escena el aspecto mas alegre y animado.

No lejos de allí y al occidente de la ciudad, un elevado torreón y un cuerpo considerable de edificio revelan el sitio del Alcazar de Segovia. Aun se conservan vestigios de lo que fué en otro tiempo; las torres, murallas y boudo foso, le dan un aspecto serio, pero interiormente reina la festiva alegría de los jóvenes cadetes que allí se educan, y del antiguo esplendor de aquella casa no quedan mas que los recuerdos. En el gran salon, cubierto de precioso artesonado, y sobre cuya cornisa están esculpidos del tamaño natural todos los monarcas de Castilla y de Leon, allí se reunió muchos años la nobleza y la corte de Castilla. El artesonado de la capilla, salon del trono, biblioteca, academia y armería, es notable tambien por su antigüedad y su primor. Al frente del edificio está la plaza de armas y en las verjas de hierro que la cercan, grabados los nombres de Daoiz y Velarde entre trofeos militares.

Volviendo á la plaza de Segovia, despues de haber examinado las cosas consistoriales, que á pesar de su estilo, no dejan de ser de un efecto agradable, se entra en la calle real, á la que su longitud, estructura y antigüedad de sus construcciones dan un aspecto monumental. En ella y medio hundidas en el suelo, hay dos grandes figuras de piedra berroqueña, una de javalí y otra de toro, de aquellas que los Romanos dejaron en algunas partes de España, para perpetuarse á acontecimientos. Hay quien atribuye estas figuras al culto de Hércules, fundándose en el Hércules con el javalí á los pies que se vé en la escalera del convento de Santo Domingo el Real: antigüedad curiosa no menos que los bajos relieves romanos que se ven en el patio de una casa de la calle de San Francisco; pero la antigüedad mas preciosa de Segovia y de España entera, es el famoso acueducto segoviano, construído segun la opinion mas probable, en tiempo de los emperadores romanos. Sirve para traer aguas á la ciudad, hasta cuya muralla llega, atravesando el arrabal por una serie de dos órdenes de arcos de piedra granítica, trabada sin argamasa alguna. Su elevación llega á ser hasta de 102 pies en la plaza del Azoquejo, en cuyo punto mas elevado se vé la cartela en que estaba la inscripción, y nichos para estatuas. Esta obra ha sido deteriorada en las invasiones y guerras, pero restaurada por los interesados en su conservación, sobrevive á los siglos, sirva de blason á Segovia y con un asombroso mole de pasmo á cuantos le miran.

LOS GARNEROS.

AQUELLOS lectores que se dedican á la agricultura y que deseen una circunstanciada enumeracion de los caracteres que constituyen la mas hermosa raza de carneros, podrán leer el excelente *Diccionario de industria agricola, manufacturera, é industrial*; pero esta enumeracion haríase cansada á la mayoría de nuestros lectores, y por lo tanto la pasamos por alto. El cruzamiento de las razas contribuye muchísimo á alterar las formas; y así si se compara un rebaño de carneros españoles recién llegados á Francia, con un rebaño de merinos aclimatado y perfeccionado en la misma Francia, hallarás que la altura de estos merinos varia de 65 á 80 centímetros (de 24 á 30 pulgadas), y el grosor de 108 á 133 centímetros, (de 40 á 50 pulgadas); así es que los merinos españoles al ir á Francia regularmente son pequeños, y sus dimensiones aumentan á proporción del tiempo que permanecen en Francia.

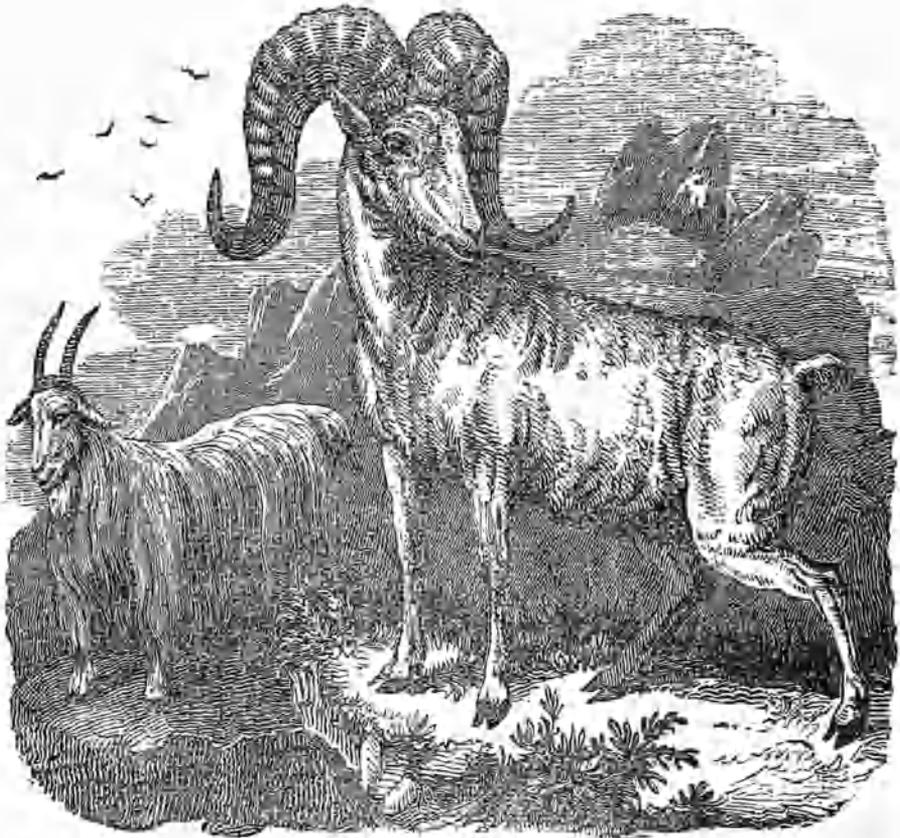
El mas bello carnero español de raza pura tiene los ojos sumamente vivos, y los movimientos rápidos; su andar es libre y acompasado como el del caballo; la cabeza ancha, cuadrada y complanada; la frente, en vez de aguda y saliente como en las razas francesas, es ancha, en línea recta anteriormente y redondeada en los lados; las orejas, muy cortas; los cuernos densos, largos y rugosos, vueltos en espiral; el pescuezo ancho; el cuello corto y robusto; las espaldas redondeadas; el dorso, cilíndrico; el pecho ancho; la papada larga; la gurupa tambien ancha y redonda; y todos los miembros cortos y gruesos.

Su achatado cuerpo vése cubierto de una lana finísima, corta, densa y apretada, en copos é impregnada de una grasa mucho mas abundante que en las demas razas, y se estiende á todas las partes del cuerpo, desde los ojos hasta las pezuñas. El polvo que se pega á la grasa forma una costra oscura, bajo la cual hay una lana muy blanca y rizada, cuyos copos son tanto mas densos y apretados, cuanto la lana es mas fina.

Debe cuidarse que el carnero no tenga mancha alguna negra, porque ha demostrado la experiencia que las manchas se transmiten, y aun á veces salen corderos negros.

Como en general se desea que los corderos nazcan todos en la misma estacion, se mantienen los carneros separados hasta una época determinada, la que varia segun el clima, estado del rebaño, y medios alimenticios. Desde el mediodía al norte de Francia, el estado del calor natural es desde junio á octubre.

Los merinos vendiéronse en Rambouillet de 1797 á 1808, al precio de 72, 64, 80, 553, 412, 245, 565, 475, 504, 404 y 605 francos, precios que prueban la importancia que daban los labradores á la mejora de sus razas. Los ingleses, que son



Carnero y cabra silvestres.

los que mejor las conocen, á veces pagan á precios exorbitantes, los carneros celebrados por su belleza y finura de su lana, persuadidos á que el éxito que han obtenido en las mejoras de sus razas depende de los esfuerzos que hace tres siglos están haciendo para lograrlo; así sus lanas pasan por las

mejores de Europa después de las de merinos. Los holandeses han mejorado casi por el mismo medio sus razas indígenas, cruzándolas con carneros de la India. Los estados del norte de Europa han entrado también en la vía de estas mejoras, y todos han logrado mas ó menos adelantos en la materia.

ANUNCIO.

GUA DEL VIAGERO EN ESPAÑA.

SEGUNDA EDICIÓN

Considerablemente corregida y aumentada.

Comprende una noticia histórica, geográfica y estadística del reino; descripción de las principales poblaciones que atraviesa el viagero en todas las carreteras generales y transversales; distancia de la capital á las principales ciudades y de estas entre sí.

Un tomo en 8^o, de mas de 500 páginas, edición compacta.

Se vende á 16 rs. en rústica, y 18 encartonado á la inglesa, y 20 en pasta, en Madrid en el Gabinete literario, calle del Principe y en la administración de diligencias Peñinsulares. En las provincias en casa de todos los corresponsales del señor Mellado, editor, y en las administraciones de correos y diligencias.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,

DE DON F. DE P. MELLADO.—EDITOR,

calle del Sordo, núm. 11.